

LOS DOMINIOS DE ARNHEIM

Dispuesto el jardín estaba cual dama
yaciendo entregada a agradable sueño,
con ojos cerrados al abierto cielo.
Los campos azules arriba formaban
una vasta cúpula con flores de luz.
Los lirios y el rocío que recubría
sus azules pétalos cual astros lucían
centelleantes en el nocturno azul.

GILES FLETCHER

Desde la cuna hasta la tumba, un vendaval de prosperidad impulsó siempre a mi amigo Ellison. Y no uso la palabra *prosperidad* en un sentido puramente material. La empleo como sinónimo de felicidad. La persona de la que hablo parecía nacida para prefigurar las doctrinas de Turgot, Price, Priestley y Condorcet, para ilustrar por medio del ejemplo individual aquello que se ha considerado una quimera de los creyentes en la perfectibilidad humana. Se me antoja que durante la breve existencia de Ellison he visto refutado el dogma según

el cual en la naturaleza misma del hombre reside algún principio oculto, antagonista de la dicha. Un cuidadoso examen de su carrera me ha llevado a comprender que, por lo general, la desdicha de la especie humana procede de la transgresión de unas pocas leyes sencillas de la humanidad; que, como especie, estamos en posesión de elementos de satisfacción aún no desarrollados; y que, ni siquiera ahora, en la actual oscuridad y locura de todo pensamiento acerca de la gran cuestión de la condición social, resulta imposible que el hombre, el individuo, pueda ser feliz en determinadas circunstancias inusuales y del todo fortuitas.

De semejantes opiniones estaba también plenamente imbuido mi joven amigo; y merece por ello observarse que el goce ininterrumpido que caracterizó su vida fue resultado, en buena medida, de ideas preconcebidas. Resulta evidente, en realidad, que con un menor grado de esa filosofía instintiva que tan bien sustituye de vez en cuando a la experiencia, Ellison se habría visto precipitado, como consecuencia misma de los extraordinarios éxitos de su vida, al habitual vórtice de infelicidad que se abre ante quienes poseen altas dotes intelectuales. Sin embargo, no albergo intención alguna de componer un ensayo sobre la felicidad. Las ideas de mi amigo pueden resumirse en unas pocas palabras. Solo admitía cuatro principios o, de modo más estricto, cuatro condiciones elementales para la dicha. La condición que consideraba principal era (resulta extraño decirlo) la sencilla y puramente física del libre

ejercicio en espacios abiertos. «La salud que pueda alcanzarse por otros medios —afirmaba— apenas merece ese nombre.» Citaba como ejemplo la euforia del cazador de zorros, y señalaba a los agricultores, las únicas personas que, como clase, pueden ser justamente consideradas más felices que las demás. Su segunda condición era el amor de una mujer. La tercera, y la de más difícil cumplimiento, era el desprecio de la ambición. La cuarta consistía en tener un propósito de incesante búsqueda; y sostenía que, siendo igual todo lo demás, la medida de la felicidad alcanzable era proporcional a la espiritualidad de ese propósito.

Ellison fue notable por la continua profusión de dádivas que le prodigó la fortuna. En elegancia y hermosura personales sobrepasó a todos los hombres. Su intelecto era de tal orden que la adquisición de conocimiento no resultaba tanto un esfuerzo como una intuición y una necesidad. Su familia era una de las más ilustres del Imperio. Su esposa era la más encantadora y entregada de las mujeres. Sus posesiones siempre habían sido abundantes; pero, al alcanzar la mayoría de edad, se descubrió que sobre él recaía uno de esos extraordinarios caprichos del destino que asombran a todo el ambiente social en los cuales ocurren y que casi siempre alteran radicalmente la constitución moral de quienes son objeto de ellos.

Al parecer, unos cien años antes de que Ellison alcanzara su mayoría de edad, había fallecido en una remota provincia un tal Seabright Ellison. Aquel caballero

había amasado una fortuna principesca y, al carecer de parientes directos, tuvo el antojo de permitir que esa riqueza se acumulara durante un siglo después de su deceso. Dirigió minuciosa y sagazmente los diversos modos de inversión y resolvió legar el importe acumulado al pariente consanguíneo más próximo que llevara el apellido Ellison y estuviera vivo al cabo de cien años. Se realizaron múltiples intentos para anular esa peculiar donación, pero su carácter *ex post facto* hizo que resultaran infructuosos. El hecho concitó la atención de un gobierno celoso, y al final acabó por aprobarse una ley que prohibió acumulaciones similares. Ahora bien, esa ley no impidió que el joven Ellison tomara posesión, al cumplir veintiún años y en tanto que heredero de su antepasado Seabright, de una fortuna de cuatrocientos cincuenta millones de dólares.¹

1 Un incidente similar en líneas generales al imaginado aquí, ocurrió, no hace mucho, en Inglaterra. El nombre del afortunado era Thelluson. Encontré un relato del caso en las cartas del príncipe Pückler-Muskau, que menciona como montante de la suma heredada noventa millones de libras y observa de modo acertado que «en la contemplación de una suma tan inmensa y de los fines a los que podría aplicarse, hay incluso algo sublime». Para adecuarme a los puntos de vista de este artículo he seguido la afirmación del príncipe, aunque de modo muy exagerado. El germen y, en realidad, el comienzo de este texto se publicó hace muchos años, con anterioridad a la aparición de la primera entrega del admirable *El judío errante* de Sue, que es posible que le fuera inspirado por el relato de Muskau.

Cuando se hizo público que tal era la enorme riqueza heredada, surgieron, por supuesto, muchas especulaciones sobre el modo de utilizarla. La magnitud y la inmediata disponibilidad de la suma desconcertaron a cuantos reflexionaron sobre el asunto. Cabía concebir al poseedor de una cantidad apreciable de dinero llevando a cabo alguna iniciativa entre un millar de posibilidades. En posesión de riquezas superiores a las de cualquier ciudadano, habría sido fácil imaginarlo embarcándose hasta el exceso supremo en las extravagancias de moda en su época o embarcándose en intrigas políticas o buscando poder ministerial o adquiriendo más títulos nobiliarios o coleccionando grandes gabinetes de curiosidades o convirtiéndose en magnánimo mecenas de las letras, las ciencias, las artes o financiando y poniendo su nombre a destacadas instituciones benéficas. Sin embargo, en el caso de la inconcebible riqueza en posesión del heredero, se percibió que aquellos propósitos y todos los propósitos corrientes proporcionaban un terreno demasiado limitado. Se recurrió a las cifras, aunque estas no sirvieron más que para aumentar el desconcierto. Se vio que, incluso al tres por ciento, la renta anual de la herencia ascendía a trece millones quinientos mil dólares; equivalente a un millón ciento veinticinco mil al mes; o treinta y seis mil novecientos ochenta y seis al día; o mil quinientos cuarenta y uno a la hora; o veintiséis dólares por cada minuto que pasaba. Ante eso, el curso habitual de las suposiciones quedaba completamente desarticulado.

Los hombres no sabían qué imaginar. Algunos incluso pensaron que Ellison se desharía de al menos la mitad de su fortuna, en tanto que opulencia del todo superflua, enriqueciendo con ello a multitudes de parientes mediante la división de su sobreabundancia. De hecho, a los más cercanos les cedió la extraordinaria riqueza de la que disponía antes de la herencia.

Ahora bien, a mí no me sorprendió ver que él había resuelto desde hacía tiempo la cuestión que tanto debate había suscitado entre sus amigos. Ni me asombró demasiado la naturaleza de su decisión. Con respecto a las instituciones benéficas individuales, había satisfecho su conciencia. En relación con la posibilidad de que el propio hombre pudiera llevar a cabo alguna mejora propiamente dicha en la condición humana general, albergaba (lamento confesarlo) muy poca fe. En general, por suerte o por desgracia, el hombre dependía en gran medida de sí mismo.

Ellison fue, en el sentido más amplio y más noble del término, un poeta. Entendía, además, el auténtico carácter, los augustos fines, la majestad y la dignidad supremas del sentimiento poético. Sentía instintivamente que la más plena, cuando no la única satisfacción adecuada de ese sentimiento residía en la creación de formas nuevas de belleza. Algunas peculiaridades, bien de la educación temprana recibida o de la naturaleza de su intelecto, habían teñido de lo que se denomina materialismo todas sus especulaciones éticas; y fue tal vez ese sesgo lo que lo condujo a creer que el terreno